

Recuerdos de San Gregorio



Mapa de Argentina

Es difícil discernir entre los auténticos recuerdos de un hecho y los que se generan a partir de fotos o relatos y se entrelazan con los primeros de forma

entrañable. Pero hay dos escenas que me parecen reales, de cuando tal vez tuviera un año o poco más. En la primera soy un bebé, sentado sobre una mesa de billar como en un enorme campo verde, papá mirándome sonriente detrás de sus bigotes rubios. La segunda, también de esa época, en la que estoy sentado sobre el mostrador del almacén, junto a un madero con orificios donde se asentaba un juego de pesas y la balanza de dos platos dorados y brillantes. Trato de sacar las pesas más pequeñas y volverlas a su lugar. Las grandes se resisten a mis esfuerzos.

Mis hijos y nietos tendrían juegos con el mismo principio, más coloridos, planificados y seguros, pero menos auténticos. ¿Dónde están hoy esas pesas? Espero que hayan encontrado refugio en algún museo regional.



Sobre un Tambor de kerosen en el patio del almacén

El “Almacén y Despacho de Bebidas” de don Moisés, mi papá, era el único comercio existente en la única calle de la Colonia San Gregorio. Allí se podían comprar los alimentos secos básicos: harina, azúcar, yerba y sal, vendidos al peso y empaquetados

habilidosamente en una hoja de papel de estraza cerrada como una empanada. Dieciséis años más tarde yo aprendería ese arte en su almacén de Lomas de Zamora, donde habría una variedad mucho más grande de alimentos, pero no bebidas por copa ni billares.

El nombre don Moisés llegó tardíamente a la vida de Papá. Para toda la familia y los vecinos, siempre fue Gregorio, como el nombre del pueblo. Al parecer, cuando nació, le encargaron a un vecino que viajaba a Villa Domínguez, donde residía el Registro Civil, que lo anotara con ese nombre. Pero el vecino olvidó el nombre que le habían dicho o se confundió y lo registró como Moisés que consideró una alternativa plausible, aunque omitió comentárselo a los Merchuk por olvido o vergüenza. Recién cuando fue llamado al servicio militar se enteró mi papá de que se llamaba Moisés.

De vuelta a San Gregorio, noto la ausencia total de clientes en el almacén de mis recuerdos. Lo escucho a Papá diciéndole a alguien: "Sí, en un tiempo los

gauchos venían a tomar un vaso o dos de vino, pero ahora nadie tiene un peso de más". Leo en Google: "La Gran Depresión de los años 30 afectó especialmente a Argentina por el repentino descenso de la demanda europea y estadounidense de sus productos ganaderos. Como los ingresos aduaneros se desplomaron, el gobierno tuvo problemas para pagar a los trabajadores públicos, causando un creciente malestar". Ahora entiendo que esa situación fue una de las causas que nos llevaron a dejar San Gregorio e ir a radicarnos en "El 20", donde mamá retomaría su oficio de maestra, que ofrecía un salario modesto pero relativamente seguro. En aquel momento, las 200 hectáreas de la chacra familiar apenas podían sostener a una familia: la del tío Alfredo, hermano mayor y heredero legal.

Otro recuerdo: Mi hermana apenas mayor Kecha y yo teníamos un juego particular. Tomábamos un jarro grande de aluminio (que se usaba para sacar agua del balde y beberla o lavarse en una palangana) y tomábamos un trago cada uno. El primero decía: ¡Salud, don Macho!, y el otro replicaba: ¡Salud, don

Pedro!, una escena usual entre dos borrachos crónicos del almacén que papá nos habría relatado.

Recuerdo a varios chicos sentados en fila a lo largo de un grueso tronco caído en el patio de la casa de mi abuelo, el Zeide. Probablemente primos y vecinitos. Un perro muy grande y lanudo completa la escena. Recuerdo cuentos de un carrito arrastrado por ese perro, pero no logro ver la imagen. En la casa del Zeide había dos habitaciones. En una estaba acostada la Bobe que no podía levantarse. Nos hacían entrar de vez en cuando para que ella nos viera y saludarla. Nos ofrecía caramelos. En la otra habitación, más grande, había una mesa muy rústica, cuyos tablones no encajaban bien, dejando largas grietas entre ellos, flanqueada por dos bancos angostos. Yo me sentaba sobre las rodillas del Zeide que me agasajaba con trozos de cebolla que cortaba con un cuchillito y que yo debía remojar con cuidado en sal. El salero de vidrio era doble, dos pequeños hexágonos unidos, ambos con sal, y estaba un poco cachado de un costado. La pimienta no existía. Había también una cocina de hierro que dejaba entrever las llamas

iracundas de las maderas ardiendo en el interior. Estaba prohibido acercarse.



Papá me enseña a pedalear en bicicleta

Pero el principal atractivo era el aparato de escardar lana. Al Zeide le traían un colchón viejo que él despanzurraba, derramando en el piso los pegotes de

lana. Esta se veía aplastada y apelotonada por tantas noches de soportar el peso de cuerpos rendidos por el cansancio del pesado trabajo rural. Y entonces llegaba el turno a la escardadora.

La escardadora, con sus siniestros dientes curvos, me aterrorizaba y al mismo tiempo me atraía. Desde afuera parecía una inocente hamaca que el Zeide accionaba ida y vuelta con una mano, mientras con la otra alimentaba pegotes de lana que salían por el otro lado como hebras separadas. Acercarse a la escardadora estaba estrictamente prohibido. Yo miraba hipnotizado. Las hebras que salían se iban amontonando. Solo cuando ese trabajo terminaba y antes de que el Zeide volviera a armar el colchón, me permitían lanzarme sobre esa suave montaña y disfrutar dando saltos y volteretas.

Sobre la casa del Zeide: hace algunos decenios llegó a mis manos un librito que se centraba en la colonización judía en Entre Ríos. Decía que la agencia colonizadora JCA, fundada por el Barón Hirsch para manejar la inmensa y magnánima tarea, era

sumamente dura y poco flexible en cuanto a las obligaciones de los colonos, que debían efectuar pagos en fechas y sumas previamente convenidas. Como ejemplo de esa inflexibilidad, el libro citaba el fallo del juez en un juicio en el cual, considerando el repetido incumplimiento de los pagos a la JCA por parte de Israel e Isaac Merchuk, ordenaba que debían devolver la casa y el campo a la JCA. Por suerte, ese fallo fue revocado por alguna buena razón, ya que es un hecho que yo pasara buena parte de mi primera infancia en esa casa, muchos años después de ese juicio. Pero mi abuelo y mi bisabuelo no tenían, al parecer, las cualidades requeridas de un hombre de campo, y la adaptación a la vida en un nuevo lugar les resultó demasiado difícil.

Me asombra hoy la variedad de trabajos que hacía el Zeide. Además de ser chacarero y el colchonero del pueblo, tenía a su cargo el mantenimiento del cementerio. Kecha y yo lo acompañábamos y jugábamos a las escondidas entre las tumbas. Un recuerdo cálido y soleado. Una sonrisa cariñosa

rodeada de una cabellera rubia que yo debía descubrir detrás de alguna lápida.

Mamá, además de ayudar en el almacén, tenía a su cargo lo más parecido a un servicio médico en San Gregorio: ¡sabía poner inyecciones! Recuerdo claramente el set. Una caja metálica alargada donde se abrigan dos jeringas de vidrio y dos agujas de distinto tamaño. Tenía un soporte que permitía colocar debajo un frasco de alcohol con una mecha de algodón que hacía de calentador para hervir la jeringa separada en sus dos partes, y la aguja, para esterilizarlas. Como se usaban múltiples veces, supongo que las agujas no serían muy filosas ni agudas y la inyección bastante dolorosa. Sobre todo, para mí, que me consideraba la víctima inmediata. Eso está relacionado con la primera gran desilusión de mi vida.

Nuestra casa era de adobe y techo de paja, no como las casas de los inmigrantes originales que eran de construcción más estable. El patio era enorme, a mis ojos por lo menos. En una esquina del patio estaba la

herrería de don Miguel, una choza apenas, pero uno de los lugares más atractivos de mi universo. Su trabajo consistía sobre todo en arreglar y reponer las llantas para las ruedas de carros. La llanta de hierro protegía las ruedas de madera de las piedras del camino. Pasé mucho tiempo mirando fascinado el trabajo de don Miguel. La fragua con una turbina ululante que alimentaba aire al fuego del carbón de piedra, las llamas que se levantaban chispeantes y rencorosas y el hierro que lentamente pasaba a un rojo incandescente. Luego los vigorosos martillazos de don Miguel, que con una larga tenaza mantenía la cinta de hierro al rojo sobre el yunque. Con la otra mano blandía vigorosamente un martillo, enorme para mí. Las chispas que volaban en todas las direcciones me impedían acercarme. Yo admiraba de lejos la maravilla. Muchos años después reconocí a mi don Miguel en un libro de arte: La fragua de Vulcano de Velázquez. Pasaba mucho tiempo mirándolo. A veces me dejaba tocar la fragua y dar unas vueltas a la manivela de la turbina cuando no

había fuego. Don Miguel era mi amigo; de ahí mi desilusión.

Un día, mamá preparaba la jeringa para una inyección y tuve la premonición (¿tos convulsa?) de que era para mí. Tendría cuatro o cinco años. Escapé de la casa corriendo con todas mis fuerzas. Ella me perseguía. En mi carrera vi de pronto en el patio a don Miguel, que me llamaba con los brazos abiertos, ofreciéndome su cobijo. ¡Mi Salvador!

Todo fue muy rápido. Corrí hasta él y me refugié en sus brazos. Don Miguel me levantó y cuando me creía a salvo... me traspasó directamente a manos de mamá que me seguía. No podía creer esa traición. Lloré más por el desengaño que por el pinchazo de la inyección.

Tengo recuerdos confusos de una noche; estimo que yo tendría entonces unos cinco años, en que nos despertaron a Kecha y a mí y nos llevaron, envueltos en frazadas, a casa de un vecino. Fue cuando murió el Zeide. Hay un recuerdo de alguien diciendo que se cayó de un caballo, pero recuerdo que era de noche cuando pasamos al cuidado de los vecinos y él no

montaría a esas horas. Lo cierto es que el Zeide falleció mientras estábamos aún en San Gregorio.

De la partida de San Gregorio sólo recuerdo la excitación de viajar en un camión por primera vez, con mamá y Kecha, ni más ni menos que junto al conductor. Papá aparentemente llegaría luego. Los perros, Pichirica y Fanor, corrieron a la par de nosotros un corto tiempo alentados por nuestros gritos, pero el cansancio los fue venciendo y lentamente fueron quedando atrás. Regresé a San Gregorio solo unos setenta años más tarde. Poco encontré de lo que recordaba. En lugar de mi casa, sólo encontré un potrero de yuyos verdes donde un caballo pastaba apaciblemente. Sólo el cementerio se mantenía fiel a mis recuerdos a pesar del tiempo transcurrido.